



**Madre María
Crucificada
de Jesús
Cofundadora de las
Monjas Pasionistas.**

*Hna. Luzia Maura
de los Sagrados Corazones, C.P.*

Jubilaeum

La Madre María Crucificada de Jesús, (Faustina Geltrude Costantini), nació en Corneto, hoy Tarquinia (Viterbo), el 18 de agosto de 1713. Era de complexión delicada, dulce por naturaleza, tranquila, humilde, mansa, devota y compasiva con las personas más necesitadas y las que sufren.

EN FAMILIA (1713-1733)

En su infancia asistió a la Escuela de las Maestras Pías Filipinas, donde se inculcaba a los niños una gran devoción a Jesús Crucificado y se les enseñaba a hacer oración meditativa, la práctica de las virtudes cristianas, a hacer pequeñas penitencias por el amor de Jesús y hasta acostumbraban a pedir al Crucificado que les hiciese partícipes de sus dolores con alguna llaga oculta para que nadie lo supiera (cf. Della Vita della Serva di Dio Lucia Filippini; Roma 1868, págs. 63-64; Positio Doc. III; Bergamaschi II, págs. 21-35). Faustina fue ejemplar en todas estas prácticas.

A los catorce años, el Señor le concedió la gracia de la vocación religiosa. Respondió con prontitud a su llamada, pero en ese momento no obtuvo el consentimiento de su madre debido a su corta edad.

A los 17 años muere su madre, tal como Jesús le había advertido, y tuvo que atender al gobierno de la casa y hacer de madre con sus hermanos menores. Se encomendó por completo a la Virgen María: *“Madre amadísima, ya que he perdido a mi madre terrena, de ahora en adelante te tomo a ti como mi Madre. Dígnate aceptarme como hija tuya”*. María se hizo sentir como una madre a lo largo de su vida.

EN EL MONASTERIO BENEDICTINO (1733-1771)

En agosto de 1733, a la edad de 20 años, fue admitida en el Monasterio de la Orden Benedictina. En noviembre del mismo año, vistió el Santo Hábito, recibiendo el nombre de María Cándida Crucificada. Hizo la Profesión Solemne al año siguiente.

En el monasterio, todo su cuidado era revestirse de Cristo, meditar y reflexionar sobre su Santísima Vida y Pasión, y vivir con un gran espíritu de caridad y penitencia. Así llegó a los 24 años, cuando conoció a San Pablo de la Cruz, el *“Patriarca de la Pasión”* y se encomendó a su Dirección Espiritual.

Cuatro años después, Jesús la curó de una enfermedad mortal a condición de que participara en la fundación del Monasterio de su Pasión. Se puso totalmente a disposición del Señor... Pasaron los años y Dios la probó como a Abraham: renovaba una y otra vez la promesa pero ni siquiera recibía luces al respecto, ni tampoco medios para colaborar de alguna manera. El Santo Director corroboraba su fe, afirmando que ella sería la primera en llevar el Santo Hábito de la Pasión.

La joven monja quería ser, de hecho, crucificada con Cristo. Le pedía a Jesús que compartiera con ella todo el dolor que había soportado. El Señor le concedió todo lo posible de dos maneras: activamente, a través de las duras penitencias y las más penosas mortificaciones corporales indicadas por Él; pasivamente, con sufrimientos inauditos, doloroso martirio de alma y cuerpo.

Dios, que elige al débil para confundir al fuerte (1Cor 1, 27) y nos capacita para la misión que nos pide, le asignó como defensor, además de a su Ángel de la Guarda, al Arcángel San Miguel. Le concedió muchos dones y gracias místicas, revelándole las pruebas que tendría que soportar e interviniendo con su auxilio cuando llegaban.

Una vez, cuando los espíritus del infierno le asaltaban con mayor furor e ímpetu, Jesús le dijo: *“Ven, escóndete en la hendidura de la peña”* (Cant 2, 14). De repente se sintió atraída y protegida en su Costado abierto, mientras los demonios se precipitaban hacia los abismos. Así aprendió a refugiarse siempre en el Sagrado Corazón de Jesús.

El Espíritu Santo se hizo sentir como un viento impetuoso que abrió de par en par los sentidos de su alma, iluminándole e infundiéndole vigor y coraje. En otra ocasión, se derramó sobre ella como una nube de nieve muy blanca, que luego, mientras se derretía, purificaba, limpiaba y refrescaba su alma y vio dardos ardientes de fuego que se precipitaban hacia ella e hirieron su corazón. (Doc. XLVI)

Jesús, en el Santísimo Sacramento, atraía tanto a su esposa hacia él, de manera que pasaba muchas horas del día y de la noche frente al Sagrario y le hacía numerosas visitas, en las que recibió las mayores gracias.



EN EL MONASTERIO PASIONISTA (1771-1787)

Finalmente llegó el día que el Señor había preparado –3 de mayo de 1771–, para la Fundación del Instituto de Monjas Pasionistas. La Madre María Crucificada se vistió con el Santo Hábito de la Pasión y recibió el apellido “*de Jesús*”. Luego tuvo lugar la Vestición de sus diez compañeras y se le confió la presidencia de la Comunidad y la formación de las Novicias, como representante de Nuestra Señora de los Dolores. El Santo Fundador quedó plenamente satisfecho con la actuación de su discípula. Al año siguiente, con las demás, profesa los Santos Votos junto a sus dos hermanas de sangre, religiosas del monasterio de origen, que también se trasladaron con las licencias necesarias.

La Madre Crucificada asumió plenamente el tenor de vida del nuevo Instituto y abandonó todas las penitencias extraordinarias, practicando solamente las prescritas por la Regla, tal como el Señor le había mandado que hiciera. Su participación en los sufrimientos de Jesús fue aún más pasiva, pero no menor ni menos aflictiva. Esto ya le había sido anticipado en visiones proféticas. En una de ellas, el Niño Jesús le invitó a poner sus pies donde Él colocaba los suyos y la condujo a un vasto desierto. Inmediatamente desapareció dejándola sola en la mayor aflicción. En otra, el Divino Infante la tomó de la mano y la condujo graciosamente mar adentro, caminando sobre las aguas, dejándola repentinamente sola en medio de las olas. Cuando ya estaba al límite, se hizo ver a lo lejos, sobre una roca, velando por ella. Comprendió, entonces, que tenía que atravesar muchas aguas de grandes trabajos y tribulaciones, densas tinieblas, aridez, terribles desolaciones y abandonos espirituales, horribles tentaciones diabólicas, persecuciones, dolores y enfermedades.

Una religiosa contemporánea relata que, en medio de tanto sufrimiento –que incluía una herida oculta que tenía desde niña y la ceguera–, siempre era dulce y afable, con una alegría serena, y que reía de buen gusto cuando se presentaban la ocasión (Positio Doc).

El 16 de noviembre de 1787, a la edad de 74 años, partió hacia la gloria con su Esposo. “*Una vez que murió... parecía otra y era más bella después de muerta, que cuando estaba viva y con salud...*” (Positio XLVI). Muchas personas han recibido grandes gracias y la curación de graves enfermedades gracias a su intercesión. La Iglesia reconoció sus virtudes heroicas y le otorgó el título de Venerable. Te invitamos, como hizo San Gabriel de la Dolorosa



a Santa Gemma Galgani: “*Lee la vida de María Crucificada, te dará ánimo y mucha fuerza*”.

Y también te invitamos con su primer biógrafo y Director espiritual, el P. Juan María de San Ignacio, CP: “*Aquí... presento la admirable vida de la Madre María Crucificada de Jesús, para que, con este digno ejemplo, puedas aprender el camino y la manera práctica de ejercitar dignamente las santas virtudes e imitar la Santísima Vida de Jesús, fielmente puesta en práctica por ella...*” (Positio Doc. XLVI).